

Momentos conflictivos en el gobierno del P. Arrupe

por Manuel Alcalá, S.J.

*Conferencia pronunciada
el 11 de diciembre de 2007*

Forum Deusto

Momentos conflictivos en el gobierno del P. Arrupe

Manuel Alcalá, S.J.*

Estamos celebrando el centenario del nacimiento de Pedro Arrupe, vigésimo octavo Prepósito General de la Compañía de Jesús. La vida y obra de este bilbaíno universal siguen siendo tema de opinión pública en sentido exacto. Eso significa que, aunque muchos sepan algo de él, pocos conocen de veras a este jesuita que produjo un gran impacto y hasta notable división de pareceres, en su Orden, la Iglesia y el mundo.

Nadie pone en duda su vida religiosa ejemplar de inequívocos tem-
ples proféticos. Tampoco se debate su liderazgo, su trato exquisito y su amor a la concreta Compañía de Jesús que gobernó durante 16 años. Además se alaba su doctrina ejemplar sobre la vida consagrada, enriquecida en sus 14 años de presidente de la Unión de Superiores Generales, un servicio para el que fue elegido en cinco ocasiones consecutivas desde los inicios de su cargo (1967), hasta que cayó fulminado por el ictus cerebral (1981).

Lo que se discutió de Pedro Arrupe fue su *gobierno*. Hubo quienes lo consideraban *débil e irreal*. Otros dudaron del tino de sus *decisiones y orientaciones*. Hasta achacaron a ello los conflictos durante su generalato, sobre todo los de alto nivel, estudiados recientemente con cuidado sobre fuentes en parte inéditas.¹ Tal crítica olvidó, con todo que

* MANUEL ALCALÁ, S.J., es Jesuita desde 1943. Sacerdote desde 1957, tras estudios de Filosofía en Madrid, Sevilla y Barcelona, donde se doctoró en 1960. Previamente licenciado en Teología por la universidad de Innsbruck (Austria, 1958). Tarea pastoral con universitarios en Sevilla (1962-1968) y de escritor en Madrid (1986-2000). Fue jefe de prensa durante la visita del P. Arrupe a España 1970. Licenciado en periodismo (1972). Colaborador de las revistas *Razón y fe*, *Reseña*, *Estudios eclesiales*, *Mensajero*. *Vida Nueva*, etc. Enviado especial y traductor en varias asambleas del *Sínodo de los obispos en Roma*. Desde 2001 ejerce pastoral sacerdotal y profesional de escritor y crítico de cine, en Sevilla.

¹ Gianni La Bella (ed.) *Pedro Arrupe General de la Compañía de Jesús*, Bilbao (Mensajero), Santander (Sal Terrae), 2007, pp. 841-911 y pp. 915-955.

varios superiores generales de Institutos religiosos, tuvieron parecidas dificultades en la misma etapa eclesial con idénticos papas y por análogas razones.

Para ofrecer unos datos a tal panorama, pretendo recordar ahora tres situaciones significativas, quizá menos conocidas, donde Arrupe mostró firmeza, realismo, prudencia paternal y temple de gobierno. Personalmente descubrí muy de cerca esas calidades al deber tratarle durante dos semanas y media, durante casi todo el día, como portavoz en su primera visita, como General, a España, desde el 2 al 17 de mayo de 1970.

La difícil situación de tal viaje es ya conocida, no tanto sus entresijos. Así, los más positivos de acogidas cordiales por la inmensa mayoría de compañeros; los emotivos, en las visitas a los lugares ignacianos de Loyola, Javier y Manresa y los familiares, de Bilbao y Madrid. También las negativos, como el despego crítico de tres micro-grupos, en Barcelona, Valencia y Granada; la vivencia *in situ* de aquel chispazo cismático de Loyola (16.VIII.67), contagiado luego, desde Madrid a la Curia Vaticana (9.I.69) y que lastró su relación con Pablo VI. Sobre todo, bajo su capa de sonrisas, su honda tristeza por las salidas de la Orden de tantos compañeros y el descenso de vocaciones en España y en el Primer Mundo. Al aludirle al tema me decía: «*Ciertamente parte el corazón ver que hermanos nuestros, a los que queremos tanto, se van y nos dejan... no creo que eso constituya un peligro... sino una purificación*». ² Con todo, él sabía que, dentro y fuera de la Orden se le atribuía la crisis vocacional, incluso las de otros Institutos religiosos.

I. El dramático caso holandés

El primer y más grave asunto, del que fui testigo, ocurrió en los Países Bajos en su primer quinquenio de gobierno (1966-1970) poco antes de su citada visita a España. Los jesuitas neerlandeses con sus comunidades locales estaban en plena euforia conciliar. Su Iglesia había acogido con entusiasmo el Vaticano II, debido en gran parte, a su ge-

² M. Alcalá, *Toda la verdad sobre la Compañía de Jesús*, Entrevista en exclusiva del P. Arrupe en vísperas de su visita a España. *Vida Nueva*. N.º 727 (25.IV.1970), p. 607. La crónica (sin firma) de la visita a España del P. Arrupe (2-19.V.1970) fue redactada por mí, a petición del P. Asistente, Víctor Blajot. Puede consultarse en el Archivo del Provincial de España. Madrid. Ver, M. Alcalá: *Gozo y martirio en España* (1965-1970), en Varios, *Así lo vieron*. Santander, 1986, pp. 78 y ss.

nerosidad misionera y a la gran identificación con sus obispos, durante el primer postconcilio.

Poco antes de la clausura conciliar, todavía desde Roma, el cardenal Bernard J. Alfrink primado de Utrecht (1900-1987), junto a los seis obispos de su provincia eclesíastica, escribían a sus comunidades felicitándoles la próxima Navidad y anunciándoles el novedoso *Concilio interdiocesano*, para el *aggiornamento* conciliar. Tras un año de preparación aquel experimento se inició el 27 de noviembre de 1966. Semanas antes, el 8 de octubre, se anunciaba la publicación del *Nuevo Catecismo, un anuncio de la fe para adultos*, autorizado por el episcopado *en pleno*. Los primeros 100.000 ejemplares ya estaban vendidos por encargo, antes de salir a escaparates. Semanas después se agotaban otros 300.000.³ Fue un acontecimiento asombroso de una vitalidad catequética nueva.

Arrupe seguía en expectación tales acontecimientos. Su simpatía por la Iglesia de los Países Bajos era antigua. En Valkenburg (Holanda) había hecho sus estudios de teología, al ser expulsada la Compañía de Jesús de España por la II República (1932). Ahora el *Nuevo Catecismo holandés* era una obra de los jesuitas que él gobernaba. Fue ideado y redactado en el *Instituto catequético* fundado por la Orden en la ciudad de Nimega, como recuerdo de San Pedro Canisio, gran catequista y amigo de San Ignacio de Loyola.

La euforia de Arrupe viró a preocupación por aquel éxito cuando, al mes y medio de su edición, sólo días antes de comenzar el *Concilio Pastoral*, un grupo integrista laical y sacerdotal: *Confrontatie*, escribió al Papa Pablo VI (22.XI.1966), denunciando siete fuentes de errores teológicos en tal obra. Tal acusación apuntaba de soslayo al episcopado neerlandés, su patrocinador y a los jesuitas, sus realizadores. La carta denuncia fue remitida por sus autores al semanario *De Tijd* (El tiempo) de Amsterdam. Aunque inmediatamente respondieran Edward Schillebeeckx OP, teólogo oficial de los obispos, y el del catecismo, Pietr. Schoonenberg S.I., la polémica encendió el ambiente, agitado por la crítica a la encíclica de Pablo VI, *El Celibato sacerdotal* (24.VI.1967).

La acusación al Catecismo causó mayor tensión, de una parte, entre la Curia Vaticana y el episcopado neerlandés y, de otra, entre los teólogos holandeses y los romanos, designados luego por el Papa, para

³ M. Alcalá SJ: «El affaire del nuevo Catecismo Holandés». *Razón y Fe*, 178 (1968), pp. 417-442. *Varios, Il Dossier del catecismo olandese*, Verona (Mondadori) 1968, p. 319.

el examen de la obra. Entre los primeros estaba, el ya citado P. Schoonenberg y Wilhelm Bless S.I., director del centro catequético aludido. Entre los segundos, los jesuitas Eduardo Dhanis, belga y, más tarde, el español Juan Alfaro S.I. con otros religiosos de diversa procedencia.

Arrupe vio con inquietud que la polémica se agriaba al paso del tiempo (1968-69) y no se resolvía por las enmiendas y adiciones al texto, ordenadas por una comisión cardenalicia. Aquellas heridas sangraron en las Asambleas del *Concilio Pastoral* (1968-70) donde actuaban otros seis jesuitas.⁴ Fue entonces cuando el Papa Montini publicó la Encíclica *Humanae Vitae* (25.VII.1968) sobre un tema hipersensible que, soslayado en el Concilio fue recibido con reserva por varias conferencias episcopales del mundo. Segunda en reaccionar, con una breve nota, fue la holandesa (31.VII) que quiso tranquilizar a sus fieles, como otras varias. No se logró. La polémica estalló desencadenando quizá la mayor crisis de autoridad del postconcilio. Pablo VI temió un cisma y Arrupe envió a la Compañía una carta breve y enérgica, urgiendo obediencia «filial, pronta, rápida, abierta y creativa aunque no siempre fácil ni cómoda, al vicario de Cristo».⁵ ¿Fue poco realista?

Más tarde, pude también vivir la tensa *III Asamblea del Concilio Pastoral* del 5 al 9 de enero de 1969 al tocarse el tema de la autoridad eclesial en los casos del *Catecismo* y la *Humanae Vitae*. La ruptura entre la conferencia episcopal y Pablo VI se evitó por la intervención personal del cardenal B. Alfrink. Con todo, el eco en la Provincia jesuítica holandesa fue virulento. El P. Arrupe destituyó de la Compañía al P. Joseph Vriburg, capellán universitario de Amsterdam (6.X.68) por atacar en público la ley del celibato y celebrar la Eucaristía con pastores calvinistas. Algunos meses después de la *III Asamblea* citada, exigió la reparación pública al conocido liturgista H. Oosterhuis por censurar, en público, a la jerarquía local y romana (26.I.69). Además, lo comunicó oficialmente a toda la provincia. Sin embargo, intentando la reconciliación, recibió en Roma, al mismo Oosterhuis, acompañado de su compañero Van der Stap. Todo fue inútil, porque los dos interesados no respetaron la confidencialidad divulgando sus casos a la prensa. Entonces Arrupe formalizó sus salidas de la Orden (5.IV.69). La cosa no quedó ahí. Días después, aceptó la dimisión del provincial J. Hermans y destituyó al consejero de Alemania y Suiza Mario Schoenenberger al discrepar de la de-

⁴ M. Alcalá S.J., *El cisma de Holanda*. Madrid. (Vida Nueva), 1973. Ver la lista de jesuitas participantes en el Concilio Pastoral.

⁵ «Acta Romana Societatis Iesu». XV, pp. 319-320.

cisión. ¿Fue poco enérgico? De algo de esto debí informar a la prensa, como enviado especial en aquel escenario.

Ya puede suponerse el gran mazazo que todo esto supuso para el Padre Arrupe. Sin embargo, ni perdió la serenidad en la desolación, ni mostró el mínimo fallo de prudencia o debilidad. Para la valorar aquella situación, son claves sus dos cartas a la provincia holandesa. En la *primera* (6.II.1969), renueva su afecto a los compañeros y dice que la Compañía está para servir a la Iglesia y a todo el pueblo de Dios, jerárquico y no jerárquico. Es impensable que un jesuita se una a un grupo separado de la jerarquía. Si se da el caso no debe tolerarse. La herida a la unidad y a la caridad exigen la reparación pública y clara. El General responde de ella ante la Iglesia y la Compañía. Anima al diálogo, unidad y discernimiento ignaciano.⁶ En la *segunda carta* (5.IV.1969) recuerda el dolor que le han causado las salidas de los compañeros. Respeta sus conciencias, pero piensa que ambos estaban fuera de la Orden al no compartir ni el espíritu de las Constituciones, ni los decretos de la última congregación general cuyos cumplimientos debe urgir el General. Él sabe que unos le acusarán de indeciso y otros, de precipitado. No piensa frenar la renovación ni una sana evolución de la provincia holandesa. El problema teológico y el pastoral son tema de la jerarquía. Termina pidiendo a los padres y hermanos holandeses para que busquen con sus obispos formas actuales y eficaces de apostolado.⁷

Con todo esto la Compañía de Jesús en los Países Bajos quedó herida. Así lo dijo con su habitual sinceridad el actual Padre General, Peter H. Kolvenbach, al hablar de su antigua provincia en una de sus posteriores visitas a España. Respecto a nuestro tema, el Padre Arrupe mostró la delicadeza y la fortaleza de gobierno que algunos le negaban. La historia sabe de casos análogos en tiempo del mismo S. Ignacio. Baste recordar el ocurrido en Coimbra. También en esto Arrupe fue hechura del fundador.

II. Otto Karrer (1888-1976)

El segundo caso conflictivo que presento a la reflexión de todos había comenzado ya antes del generalato de Arrupe. Su protagonista fue el Padre Otto Karrer, un conocido teólogo alemán, luego nacionali-

⁶ *Informaciones S.J.*, Madrid. n.º 1 (1969), pp. 87-88.

⁷ *Informaciones S.J.*, Madrid. *ibid.*, pp. 89-90.

zado suizo. Segundo hijo de una familia muy católica de la Selva Negra hizo el bachillerato en el colegio diocesano de Friburgo/Brisgovia y prosiguió la formación eclesiástica en el Canisianum (Innsbruck, Austria), seminario Internacional regido por la Compañía de Jesús. Allí despertó la llamada de Dios a la Orden y a los 22 años, ingresó a fines de enero de 1910, en el noviciado de Tisis (Austria), donde habían marchado los jesuitas suizos y alemanes, expulsados de la patria, respectivamente por la Constitución helvética (1848) y por el canciller Bismarck (1872). Luego, como también más tarde Arrupe, estudió la teología en el destierro holandés de Valkenburg y, ordenado sacerdote el 20 de junio de 1920, fue asistido en su primera misa por Agustín Bea, su compañero, futuro provincial del sur de Alemania, bibliista, creado cardenal por Juan XXIII (1959) y una gran figura del Vaticano II.⁸

La crisis de Karrer comenzó llamativamente. De temperamento sensible y de fuerte sentido crítico, escribía con brillantez. Estudioso de la historia de su Orden, redactó una *Vida de S. Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús* (1921). La publicó con aprobación del provincial Bea tras «visto bueno» de dos historiadores, uno de ellos Bernard Dühr (el Astráin alemán) y por un tercer revisor. La crítica externa fue positiva por especialistas de la talla de Ludwig von Pastor. Se alabaron su hondura y estilo incisivo, lejos de las hagiografías piadosas. Con todo, la obra no agradó al entonces General de la Orden, el austropolaco Wlodimir Ledóchowski que la había leído lápiz en mano, como consta en el ejemplar de la Curia Generalicia de Roma. A su parecer, Karrer era parcial en el manejo de las fuentes, duro al enjuiciar la espiritualidad del santo y deformador de su imagen. Como el autor había actuado lealmente, sólo fue avisado, pero se tomaron medidas contra su libro, retirándolo de los noviciados y vigilándolo en las bibliotecas de las casas de jóvenes. Fue una humillación para el autor.

En 1922 Karrer publicó sin problemas: *Epistolario y consejos espirituales de Ignacio de Loyola* y *El Cardenal J. H. Newman: Cristiandad*. Ambos libros fueron muy alabados. Entonces el mismo Padre General Ledóchowski lo destinó a Roma para escribir la biografía del teólogo y cardenal jesuita Roberto Bellarmino, ya a punto de ser beatificado (1923). Fue declarado santo (1930) y doctor de la Iglesia (1931) por Pío XI.

⁸ Liselotte Höfer, *Otto Karrer, Kämpfen und Leiden für eine weltoffene Kirche*. Freiburg/B. (Herder) 1985, p. 480. Ver: Otto Karrer en *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*. Roma (Instituto Histórico de la Compañía de Jesús)-Madrid (Universidad de Comillas). 2001. vol. III, p. 2175.

Durante el tiempo de su residencia romana en el colegio suramericano, O Karrer trabajó en la Biblioteca Vaticana. No le agradó el clima colegial refractario al ecumenismo, ni la pompa del Vaticano, ni la figura polémica de Belarmino, ni el interés jesuítico por conseguir un doctor de la Iglesia. Todo aquello, unido a su temperamento difícil e independiente le provocó un *cortocircuito interior* de rebelión que creció por contactos con un pastor valdense. El hecho es que, sin consultar a nadie, *huyó literalmente* de la Compañía, durante un viaje por varios archivos europeos (junio de 1923). Tras varias semanas de ausencia, mediado ya julio (15.VII.1923), comunicó su decisión a su amigo y provincial, Agustín Bea. Este sólo pudo constatar la salida automática del fugitivo, según el Derecho Canónico vigente, formalizada una semana después. Siguió unas días de enorme confusión, al saltar la noticia a la prensa que habló con inexactitud acerca de la conversión de un jesuita al luteranismo, basándose en que había establecido contactos con una escuela luterana. ¿Qué había pasado realmente? Es difícil saberlo y armonizar los datos. Ciertamente no abandonó la Iglesia. Probablemente fue una enajenación pasajera de su psiquismo impulsivo que ni él mismo se pudo luego explicar.⁹

A los seis meses y eso confirmaría el diagnóstico anterior, Karrer volvió a escribir a Bea pidiendo perdón a todos por el escándalo causado (29.I.1924). El provincial comunicó de inmediato la noticia al General Ledóchowski. Éste se limitó a hacer celebrar cien misas de acción de gracias, por el *regreso* del fugitivo. Nadie pensó en una reincorporación a la Orden. Entonces era algo totalmente descabellado.¹⁰

¿Qué hubiera hecho Pedro Arrupe, en tal caso? No se trata de vana especulación. Fue realidad. Sólo habría que esperar unos años, pues en aquel momento a sus 18 años, Pedro Arrupe era un universitario que buscaba, en Madrid, su propia vocación.

O. Karrer, ya sacerdote secular, se quedó durante año y medio suspendido y sin incardinación diocesana. Ningún obispo le recibía. Finalmente, gracias a su antiguo maestro de noviciado Paul de Chastonay, pudo ser incorporado a la diócesis de Chur como sacerdote escritor (1925). Luego, en Lucerna, inició una fecunda etapa de publicaciones sobre Agustín, Eckhart, Juliana de Norwich, Antonio de Padua e Ignacio de Loyola. Su vida sacerdotal fue ejemplar. Su apostolado predilec-

⁹ Liselotte Höfer, o.c., pp. 91-104.

¹⁰ Josef Wicki S.J., «Dokumente zur Glaubens- und Berufskrise von Otto Karrer», *Archivum Historicum S.I.* 51 (1982), pp. 285-299.

to, las *personas sin*: las sin hogar, sin patria, sin amor, sin religión, sin Iglesia, sin Cristo y sin Dios. Lo realizó, también, sin distingos. Su lema fue *En todo el mundo hay hijos de Dios que están fuera y dentro de la Iglesia visible: fuera, los cristianos inconscientes; dentro, los paganos anónimos*.

En aquella época tuvo Karrer intuiciones y aciertos llamativos, alternados con el sobresalto de su obra *Gebet, Vorsehung, Wunder* (Oración, Providencia, Milagro), poco tiempo en el Índice de libros prohibidos. Fundó la sociedad ecuménica suiza. Su versión al alemán del Nuevo Testamento (1950), considerada como la mejor de todas, se utiliza en la liturgia católica y en la luterana. Retuvo su amistad con varios jesuitas. Junto al ya citado Agustín Bea, siguieron muy cercanos a él Eric Przywara y los hermanos Hugo y Karl Rahner. Comentó magistralmente el Vaticano II y su orientación ecuménica.¹¹

Alfredo Ottaviani, cardenal prefecto del Santo Oficio, lo rehabilitó oficialmente (19.VII. 1963). Así pudo asistir, como consultor del obispo de Basilea, a la cuarta sesión conciliar (1965). Allí conoció personalmente a Arrupe y tal encuentro iba a ocasionar la situación posterior que justifica su recuerdo, aquí y ahora.

En verano de 1967, Arrupe, recién elegido presidente de la Unión de Superiores Generales, recibió en Roma al provincial de Suiza, Franz X. Walker (1902-1985). Éste, que había entrado en la Orden en el mismo año de la salida de Karrer, pero que luego le había conocido bien, tuvo la idea de ofrecer al anciano teólogo y el *apóstol de los sin*, como el mejor obsequio por su 80 aniversario, su viejo hogar de la Compañía de Jesús. De acuerdo con sus consultores preguntó al General Arrupe si sería posible y de qué modo, readmitir en la Compañía a Karrer. Siguió luego un intercambio epistolar (5.VIII. y 13.IX) para precisar los aspectos del problema. Arrupe sabía de la historia de Karrer por sus antiguos compañeros alemanes de la misión del Japón, pero se informó más todavía y, tras consultar a sus asistentes, accedió con mucho gusto a conceder al teólogo los votos de la Compañía *in articulo mortis*. Esta era la única posibilidad canónica que no llevaba la condición de repetir el noviciado ni otra formalidad jurídica. Con tal promesa el ex-jesuita se sentiría de nuevo acogido en su casa. A fines de setiembre, el provincial visitó a Karrer en Lucerna y le preguntó qué le parecía aquel proyecto.

¹¹ Cf. Traducción española en *Folia Humanistica*. Barcelona I-IV (1962-66). Ver su *Visión católica de la herencia protestante. Estudios para el diálogo ecuménico*. Madrid (Fax) 1966.

El casi octogenario, emocionado, respondió: «Sería mi gran alegría» y se echó a llorar. Aquel teólogo fronterizo y ecuménico estaba listo para sentirse de nuevo «compañero en la Compañía del nombre de Jesús». El sacerdote de vanguardia, dedicado a las personas anónimas, reencontraba la comunidad que buscó de joven, la Compañía de amigos en el Señor que, a pesar de tantos pesares, sabía compartir con él pan de amistad y alegría en Cristo resucitado y su Eucaristía. También el pan del dolor, pues al poco de celebrar su 80 cumpleaños, moría su amigo íntimo jesuita, el cardenal Agustín Bea. Todavía él pudo celebrar bodas de oro sacerdotales y publicar un libro, *La Iglesia es siempre joven*, colección de escritos de Hugo Rahner, ya afectado de un ictus cerebral. Años después, moría Karrer, el jesuita anónimo, gracias a una decisión de gobierno magnánimo de Pedro Arrupe. En sus notas, junto a unas oraciones, había una hoja en blanco con la sola palabra *Suscipe*. ¿Era el comienzo del «Tomad, Señor» de San Ignacio? ¿Era la clave de sus votos de jesuita? Sólo el Señor lo sabe.¹²

Hans Urs von Balthasar (1904-1988)

Fue un hombre estrella que honró a Lucerna (Suiza), su luminosa ciudad natal. De familia muy católica hizo el bachillerato con los benedictinos y jesuitas, estudiando luego filología germánica en Zürich, Berlín y Viena. Tras lograr el doctorado (1928), hizo ejercicios ignacianos y entró jesuita, poco después de la fuga de O. Karrer, al cual conoció y estimó. Completó filosofía en Pullach (Munich) y sin la experiencia de magisterio escolar, empezó la teología en Fourvière (Lyon). Allí encontró la amistad de Henry de Lubac y de otros compañeros Henri Ravier, Stanislas Lyonnet, Jean Danielou, Henry Bouillard y Robert Rouquette, entonces teólogos sobresalientes.¹³

Ordenado sacerdote cuatro semanas antes que Arrupe (16.VI.1936), Balthasar marcha de escritor a Munich, en plena etapa nazi. Allí conoce a Eric Przywara, gran amigo de Karrer. Pocas semanas antes de la guerra mundial entre las dos ofertas que le hace el provincial, elige la capellanía universitaria de Basilea y renuncia a la cátedra teológica en la Universidad Gregoriana de Roma. La elección

¹² Ver la oración en Liselotte Höfer: o.c., pp. 393.

¹³ Peter Henrici S.J., «Semblanza de H.U.von Balthasar», *Communio* 16 (1989), pp. 356-391. Ver H.U.von Balthasar en *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*. Roma (Instituto histórico de la Compañía de Jesús)-Madrid (Universidad de Comillas) vol. I, pp. 233-234. Elio Guerriero, *Hans Urs von Balthasar*. Brescia (Morcelliana), 2006.

supondrá un cambio de gran importancia en su vida. Disfrutó del éxito. Los jóvenes académicos alaban sus escritos y proyectos, admiran su trato con Karl Barth, entonces gran patriarca de la teología luterana. Con todo, aquella situación le sacaría de su Orden religiosa. Luego escribe él mismo al celebrar sus sesenta años:

«En Basilea fue decisiva la misión de Adrienne von Speyer que no debe quedar, más tiempo, incomprendida para la opinión pública cristiana, en vista de sus libros. Lo que Ignacio quiso en su época significó, desde entonces para mí de modo terminante, la Comunidad secular. El duro sacrificio que me exigió el tránsito estuvo acompañado de la convicción de servir con exactitud a la misma idea. Adrienne von Speyer fue quien indicó el pleno camino de Ignacio a Juan y, así, puso la mayor parte del fundamento que, desde 1940, fue publicado por mí. Su obra y mi obra no deben separarse, ni psíquica ni filológicamente. Son dos mitades de un todo que, como tal, tiene único fundamento».¹⁴

La historia empezó en octubre de 1940 al conocer a la médica de 37 años, Adrienne von Speyer casada con un viudo con 2 hijos. Al poco de tratarla, ella se hizo católica y su inseparable colaboradora. Pronto la orientó en su vida interior, sus visiones y otros fenómenos que él calificó de místicos. Ella le reveló una vocación común: el fundar un instituto laical que debería llamarse *Comunidad de S. Juan*.¹⁵

El superior local y el provincial vetaron a Balthasar intervenir en aquel tema y escribir su libro *Estados de vida cristiana*. Él aceptó a medias, redujo el texto, le puso como título *El laico y la vida religiosa* y lo publicó en la editorial Johannes Verlag, fundada para editar las obras de su dirigida. Al surgir habladurías, el provincial le vetó el trato con ella, pero él siguió adelante y fundó la nueva asociación (15.X.1945).

En la década 1940-1950 Balthasar vivía en una pequeña casa con otros dos jesuitas. La Orden actuaba semi-clandestinamente en Suiza. Debido a la guerra, no tenía Preósito General. Desde la muerte de W. Ledóchowski (12.IX.1942) fue gobernada por dos vicarios sucesivos: Alessio A. Magni y Norbert de Boynes. Éste, por fin, pudo convocar la Congregación General (1946) que eligió como nuevo Preósito al belga

¹⁴ Hans U.von Baltasar. *Rechenschaft*, 1965 y Berthe Widmer *Balthasar-Bibliographie*. 1965. Einsiedeln (Johannes Verlag), p. 35.

¹⁵ Ver la apología de su dirigida y su *obra común*, en H.U.von Baltasar, *Adrienne von Speyer. Vida y misión teológica*. Madrid (Encuentro), 1986, p. 104. Edición reducida de *Erster Blick auf Adrienne von Speyer*. Einsiedeln (Johannes Verlag), 1978.

flamenco Jan B. Janssens (15.IV.1946), un canonista e inmediato predecesor de Arrupe.

Al año siguiente, Pío XII promulgó su Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia* (2.II.1947) creando los institutos seculares, Balthasar pensó llegado su momento y acudió a Roma, al nuevo General (26.XI.1947). Le expuso su caso y la común vocación con Adrienne de fundar una asociación laical, culmen y remate de su vida. Janssens hizo examinar el caso al profesor de teología espiritual Henri Rondet (1898-1979), que dio un informe rotundamente negativo, precipitando una situación insostenible.

Se acercaba la fecha en que Von Balthasar, debía realizar su profesión definitiva en la Compañía de Jesús. Para hacerla, pidió al General se le garantizase la dirección de la *Johannes Gemeinschaft*, pues la consideraba misión irrenunciable. Janssens le contestó que la profesión en la Compañía no era condicionable y le aconsejó hacer Ejercicios Espirituales con quien quisiera, para discernir la voluntad de Dios. El gran teólogo deseaba hacerlos con su maestro H. de Lubac pero al encontrarse éste indispuerto, los realizó con su compañero Donatien Mollat, teólogo escriturista a fines de junio de 1948. Como resultado del discernimiento, decidió mantener su postura en contra de la opinión de los compañeros a quienes consultó. Al General le comunicó que era un acto de fidelidad y de obediencia a la llamada recibida en los Ejercicios ignacianos y que él consideraba la misión como coronación de su vocación de jesuita. El P. Janssens, examinadas tales razones, le recomendó seguir en paz aquel nuevo camino. Entonces Von Balthasar se despidió en carta pública de sus compañeros suizos y salió de la Compañía el 2 de febrero de 1950, fecha en que se solían realizar entonces las profesiones solemnes en la Orden.

La situación jurídica de Balthasar como sacerdote no fue fácil. Varios obispos suizos se negaron a incardinarlo en sus diócesis respectivas. El de Basilea, Franziscus von Streng, le insinuó, además, abandonar la ciudad. Balthasar marchó a Zürich, a casas de amigos y estuvo cinco años sin administrar en público los sacramentos. Tampoco se le reconoció oficialmente como profesor de teología. Por eso se refugió en su Comunidad, sus libros y conferencias. Al poco de dejar la Compañía de Jesús, fue al monasterio benedictino de María Laach, para emitir ante el abad local, D. Manuel von Severus, los tres votos religiosos privados, pues decía no poder vivir desvinculado. Por fin, Christian Caminada, arzobispo de Chur, le concedió la incardinación. Desde entonces, fue clérigo diocesano, no afectado por la legislación antijesuitica que duró hasta 1973.

Urs von Balthasar llevó una vida sacerdotal intachable. Al dolor que le produjo la muerte de Adrienne von Speyer (17.IX.1957), se unió en 1960 el hecho de no ser elegido perito conciliar del Vaticano II, por su salida de la Orden religiosa, habiendo sido un precursor del mismo en determinados puntos. Su rehabilitación oficial empezó un decenio después, cuando Pablo VI lo hizo miembro de la Comisión teológica internacional (1969) y aumentó con Juan Pablo II, por su mutua empatía humana y doctrinal y por la fundación con el entonces teólogo Joseph Ratzinger de la revista teológica internacional *Communio* (1972). En 1983, amplió la *Comunidad San Juan* con una rama sacerdotal.

Llovieron entonces doctorados honoríficos de varias universidades. El papa Wojtyła le dio el *Premio Pablo VI* (1984), le invitó a la II.^a Asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos (1985) y, un trienio después, lo nombró cardenal de la Iglesia (23.V.1988).

La entrega del capelo a los nuevos purpurados sería el martes 28 de junio, víspera de la fiesta de San Pedro, tras la visita de Juan Pablo II a Austria (23-27.V). El domingo, 26 de mayo, llegó a Salzburgo, donde se encontraba el Papa, la noticia de la repentina muerte de Von Balthasar en Basilea, donde residía con su Comunidad. Recuerdo personalmente la visible pena del pontífice que, aquella misma tarde, exaltó en su discurso a los representantes de las artes, letras y ciencias, al teólogo recién fallecido como modelo de intelectual cristiano de hoy. Su funeral se celebró, días después, en la Hofkirche de Lucerna como el de Karrer. Fue presidido por el entonces cardenal José Ratzinger, su sincero amigo y admirador.

Poco después se supo públicamente que, a mediados del decenio de los «setenta», Von Balthasar había hecho llegar al Padre Arrupe su deseo de reintegrarse a la Compañía de Jesús. El General se informó detenidamente sobre el particular y, como medida de prudencia, consultó al eventual superior provincial su opinión sobre el tema. Como von Balthasar no había cambiado el estado de la cuestión, una respuesta positiva a su hipotética petición no pudo realizarse, por una cuestión de principios.

...

Estas tres situaciones de fortaleza, paternidad y firmeza pueden iluminar algunos aspectos del gobierno de Pedro Arrupe, para algunos discutido. Tal vez la clave estaría en recapacitar que el General jesuita inauguró un *nuevo estilo de gobernar*, basado en el conocimiento personal y situacional en que estaba cada compañero. De ahí sus viajes de

información directa. De ahí, su interpretación de la cuenta de conciencia, para realizar el modo de gobierno establecido por el mismo San Ignacio en las constituciones de la Orden. Desde ahí su enfoque de la obediencia, utilizando como metodología el diálogo fraternal previo. Era su modo prudencial de gobierno.¹⁶

Un viejo dicho del monacato medieval, luego aplicado a varios fundadores y fundadoras dice en sencillo latín, al tocar la elección del abad: «*si sapiens, doceat nos; si prudens, regat nos; si sanctus, oret pro nobis*» (Si es sabio, que nos enseñe; si es santo, que rece por nosotros; si es prudente, que nos gobierne). Pienso que así podemos entender el regalo que Dios hizo a la Iglesia, a la Compañía de Jesús y al mundo con este gobernante de excepción, sabio y ejemplar, cuyo centenario hemos celebrado con inmensa alegría. Se llamaba, se llama, Pedro Arrupe.

¹⁶ Carlos Palmés S.I. «El P. Arrupe. Nuevo estilo de obediencia y autoridad» *Testimonio*, Revista de la Conferencia de religiosos y religiosas de Chile. Santiago n.º 130. Marzo-abril, 1992, pp. 47-55.

